

conde de Artois!» decía irónicamente la reina, que ya le aborrecía de muerte en aquella época. El rey por su parte temía aquella caducidad moral con que se le amenazaba so color de salvar la monarquía, y ya no sabía á quiénes debía temer más entre sus amigos ó sus enemigos. La fuga sólo podía libértarle del odio de los unos y de las intrigas de los otros si lograba colocarse al frente de un ejército fiel, pero la fuga era otro nuevo peligro en sí misma. Si salía bien, era imposible que la inmediata consecuencia no fuese una guerra civil, y el rey se horrorizaba al pensar en la sangre que se derramaria por culpa suya; si se desgraciaba el concebido plan, ¿cuáles podrían ser las consecuencias? ¿Dónde se detendría el furor de una nación en que se advertía una exaltación de ideas tan deplorable? El cautiverio y la muerte era lo único que podía prometerse el rey, que veía que iba á suspender de un hilo su frágil trono, su libertad, su vida, y lo que era mucho más sensible para él, las vidas queridas de su mujer, de sus dos hijos y de su hermana.

Largas y terribles fueron las angustias que experimentó por espacio de ocho meses, y en ellas no tuvo otros confidentes que la reina, madama Isabel y algunos servidores fieles que estaban en palacio. El hombre en quien puso su confianza fuera de aquel recinto fué el marqués de Bouillé.

IV

Primo este último de Mr. de Lafayette, era de un carácter diametralmente opuesto al del héroe de Paris. Guerrero de austeras virtudes militares, no había emigrado porque no había recibido orden terminante de su soberano para hacerlo, y adicto á la monarquía por principios y al rey por el cariño particular que le profesaba, era uno de los pocos oficiales generales queridos del ejército que habían permanecido firmes en sus puestos, desafiando las borrascas de los dos últimos años, y que, sin tomar partido ni en pro ni en contra de las murmuraciones, sólo había tratado de conservar á su país aquella fuerza que sobrevive á las demas y que muchas veces es suficiente por sí misma para suplirlas á todas: la disciplina de las tropas. Este general había servido con gloria en América, en las colonias francesas y en la India, y su nombre era respetado en todo el ejército. El heroísmo que desplegó para sofocar el célebre pronunciamiento que había tenido lugar en Nancy en el mes de Agosto anterior, le había dado una gran autoridad moral sobre los soldados, porque era el único entre los demas generales franceses que había sabido reconquistar el mando y contener aquella insurrección militar. La Asamblea, á quien aquel movimiento había infundido serios temores, le dió un voto de gracias y le llamó públicamente el salvador del reino. Lafayette, que no mandaba sino batallones de paisanos, temía á este rival que tenía á sus órdenes tantas bayonetas organizadas, y le observaba y halagaba constantemente.

«Hagamos—le decía con frecuencia—una coalición de las bayonetas que mandamos, de la que serémos nosotros solos los jefes superiores, y de este modo aseguraremos á la vez los intereses de la revolución y los de la monarquía.»

El realismo de Mr. de Lafayette no podía ménos de ser sospechoso para su primo; así es que le contestaba con una política fría é irónica que disimulaba muy mal las sospechas que de él tenía. Estos dos caracteres eran incompatibles, porque el uno representaba el patriotismo de la época, y el otro el antiguo honor militar,

basado principalmente en el respeto al trono y á todas las instituciones que de él emanaban. Imposible era, por consiguiente, que pudieran unirse ni ponerse de acuerdo.

El marqués de Bouillé mandaba todas las tropas acantonadas en la Lorena, Alsacia, el Franco-Condado y la Champaña, y su jurisdicción militar se extendía desde Suiza hasta el Sambre. Ochenta batallones y cien escuadrones era la fuerza total que tenía á sus órdenes. De esta fuerza no podía contar sino con veinte batallones alemanes y con algunos regimientos de caballería. El resto de ella estaba por la revolución, porque los clubs habían logrado introducir la insubordinación y el desprecio á las órdenes del rey en la mayor parte de los regimientos, que obedecían mejor á las municipalidades que á sus mismos generales.

V

El rey, que confiaba abiertamente en Mr. de Bouillé, le había escrito en Febrero de 1791, diciéndole que muy pronto le autorizaría para que se pudiese de acuerdo con Mr. de Mirabeau. «Aunque estos hombres no sean dignos de estimación,—decía el rey,—y aunque Mirabeau me haya costado muy caro, creo que puede serme muy útil en esta ocasión. Oidle, pero no le hagais ninguna confianza.» En efecto, el conde de Lamarch llegó á Metz pocos días despues. Habló con Mr. de Bouillé del objeto que allí le conducía, y le confesó francamente que el rey acababa de entregar á Mirabeau seiscientos mil francos y que le pagaba además cincuenta mil francos mensuales. Púsole de manifiesto todo el plan de esta conspiración contrarrevolucionaria, cuyo primer acto consistía en una petición á la Asamblea, en nombre de Paris y de los departamentos, reclamando que el rey fuese puesto en libertad, moción que sostendría Mirabeau con toda la elocuencia de su palabra, lo cual, como se deja conocer, no era una garantía suficiente en las azarosas circunstancias por que estaba atravesando Francia. Ignoraba aquel orador venal que el poderío de la palabra alcanza á conmover las naciones, pero que, una vez lanzadas, sólo las bayonetas son suficientes á detener su curso. Mr. de Bouillé, avezado á las batallas, se rió de estas quimeras del hombre de la tribuna, pero no trató de desanimarle y prometió contribuir por su parte al buen éxito de la empresa. «Cubrid de oro la defección de Mirabeau,—escribió al rey,—de ese hábil malvado que quizá subsane por codicia el daño que ha hecho por venganza, y desconfiad de Lafayette, entusiasta quimérico, ebrio del amor popular, que aunque es capaz de ponerse á la cabeza de un partido, no es á propósito para ser el sosten de una monarquía.»

VI

Despues de muerto Mirabeau, el rey había seguido madurando su proyecto, y cuando le hubo modificado del modo que le pareció más conveniente, escribió á Mr. de Bouillé á fines de Abril, sirviéndose de una clave que ambos conocían, anunciándole que muy pronto se pondría en camino con toda su familia en un carruaje que mandaría construir al intento. Al mismo tiempo le previno que estableciese una línea de puestos desde Chalons á Montmedy, ciudad fronteriza adonde quería trasladarse. El camino directo de Paris á Montmedy va por Reims; pero el rey te-

mía ser conocido en aquella ciudad, en razon á haber sido coronado en ella, y á pesar de las prudentes observaciones que sobre esto le hizo Mr. de Bouillé, prefirió pasar por Varennes. Este camino tenia el grandísimo inconveniente de no haber casas de posta en muchas partes de la línea, y para que no faltasen tiros, era preciso enviarlos allí de otros puntos, lo cual podía infundir sospechas á los habitantes de los pueblos inmediatos al camino. Otro inconveniente no menor que el anterior era la precision de establecer destacamentos, segun lo habia ordenado el rey, en un país cuyos moradores estaban poco acostumbrados á ver tropas. Mr. de Bouillé hizo cuanto estuvo de su parte para que el rey variase de determinacion, y entre otras cosas, le manifestó en su respuesta que, si los destacamentos constaban de mucha fuerza, se harian sospechosos á las municipalidades y serian causa de que éstas redoblasen su vigilancia, y que en caso contrario, no podrian protegerle si se veia amenazada su seguridad personal. Instóle ademas para que, en vez de servirse de un carruaje particular, que podria llamar la atencion por su hechura, se valiese de dos sillas de posta inglesas, muy en uso en aquella época, y que eran al mismo tiempo muy ligeras; é insistió principalmente en que llevase en su compañía un hombre de carácter resuelto y de toda confianza, con quien pudiese aconsejarse en las circunstancias imprevistas que podian ofrecerse en semejante viaje, designándole como el más á propósito al marqués de Agoult, mayor de las guardias francesas.

Otro de los puntos sobre que insistió el general de Bouillé con más empeño fué el de que el rey se pusiese de acuerdo con el emperador á fin de que éste mandase mover sus tropas en direccion á la frontera de la parte de Montmedy, para justificar con esto el movimiento extraordinario de tantos cuerpos de infantería y caballería, y ocultar así la verdadera causa que lo motivaba. El rey consintió en dar este paso y en llevar consigo á Mr. de Agoult, pero se negó abiertamente á todo lo demas. Pocos dias ántes de salir de Paris envió á Mr. de Bouillé un millon de asignados para que pudiese atender á los gastos indispensables de raciones, forraje y demas de aquel pequeño ejército que iba á darle una prueba tan singular de fidelidad y adhesion á su persona. Despues de tomadas todas estas disposiciones, el marqués de Bouillé hizo salir á Mr. de Goguelat, oficial adicto á su estado mayor, á practicar un reconocimiento del camino y terreno comprendidos entre Chalons y Montmedy, encargándole que en cuanto lo hubiese efectuado, se dirigiese á Paris á enterar al rey de la topografía del terreno con la más escrupulosa minuciosidad. Este oficial desempeñó su comision con el mayor celo é inteligencia, y volvió inmediatamente á transmitir á Mr. de Bouillé las órdenes que habia recibido de S. M.

Mr. de Bouillé se preparaba por su parte á ejecutar lo que estaba convenido, y ya habia empezado por alejar de su lado á los cuerpos que no le inspiraban confianza, reemplazándolos con doce batallones sobre cuya fidelidad podia contar. Un tren de artillería de diez y seis piezas desfilaba hácia Montmedy, el regimiento Real Aleman entraba en Stenay, los dos escuadrones de húsares se hallaban uno en Dun y otro en Varennes, y otros dos de dragones, al mando del conde Carlos de Damas, oficial instruido y emprendedor, debian caer sobre Clermont el mismo dia y ántes de la llegada del rey á aquel punto. Mr. de Damas habia recibido orden de enviar desde allí un destacamento á Saint-Menehould, y otro de cuarenta caballos debia

salir de Varennes para Pont-Sommevesle, so pretexto de proteger un convoy de dinero que venía de Paris para el ejército. Dispuestas así las cosas, en cuanto el rey hubiese pasado de Chalons, debia encontrar en cada relevo escoltas de tropas que le fuesen adictas. Los comandantes de estos destacamentos debian acercarse á la portezuela del coche del rey, para recibir las órdenes que S. M. tuviese por conveniente darles. Si el rey queria continuar su camino de incógnito, su obligacion era atender á la seguridad de su persona hasta el relevo inmediato, é irse replegando despues lentamente á retaguardia. Si el rey queria ser escoltado, tenian orden de mandar tocar inmediatamente el botasillas y escoltarle. Con dificultad



Los ciudadanos se saludaban con estas siniestras palabras: «El rey se ha escapado!»—Pág. 59.

podrá darse un plan de evasion mejor combinado que éste, ni cuyo secreto se trasluciese ménos, á pesar de haber tantas personas iniciadas en él.

El rey volvió á escribir á Mr. de Bouillé el 27 de Mayo, comunicándole que saldría de Paris el 19 de Junio despues de las doce de la noche, en un coche particular, en el que continuaria su camino hasta Bondy, primera casa de postas despues de Paris, y que allí subiria en su berlina, que ya le tendria preparada uno de sus guardias de corps, destinado á servirle de correo en este viaje. Dado caso que á las dos de la madrugada no hubiese llegado el rey al punto indicado, era señal de que habia sido detenido, y entónces tenia orden aquel guardia de montar á caballo inmediatamente, y de dirigirse á todo correr á Pont-Sommevesle para anunciar á Mr. de Bouillé que el golpe se habia desgraciado, y que por consiguiente, tratase de proveer á su seguridad y á la de los demas oficiales comprometidos en esta empresa.

VII

Mr. de Bouillé, en cuanto hubo recibido estas últimas instrucciones, dió orden al duque de Choiseul de marchar á Paris á recibir las del rey, encargándole que

saliese al regreso de la capital doce horas ántes que S. M. El duque, por su parte, dió orden á sus criados para que el 18 estuviesen en Varennes con sus caballos, con objeto de relevar el tiro del coche del rey, á quien debía explicarse con toda claridad el sitio donde los hallaria, para que no anduviese titubeando, ni se perdiera un tiempo que tan precioso podia ser. A Mr. de Choiseul se le habia prevenido tambien que á su vuelta tomase el mando de los húsares apostados en Pont-Sommevesle, y que esperase allí al rey y le escoltase hasta Saint-Menehould, apostando ademas centinelas de caballería de trecho en trecho, con la consigna de no permitir pasar á nadie por los caminos de Paris á Varennes y de Paris á Verdun en las primeras veinticuatro horas. Mr. de Bouillé puso igualmente en manos del duque de Choiseul otras órdenes firmadas por S. M., en las que se le prescribia, lo mismo que á todos los demas comandantes de los destacamentos, que usasen de la fuerza en caso necesario para proteger á S. M. y real familia, y para arrancarlos de manos del pueblo, si de ellos llegara á apoderarse. Si el coche en que iba la familia real era detenido en Chalons, el duque de Choiseul debía dar aviso de esta novedad al general Bouillé inmediatamente, reunir todos los destacamentos y volar á libertar al soberano. A este efecto, habia recibido seiscientos luises de oro para distribuirlos entre la tropa.

Al mismo tiempo salió Mr. de Goguelat para Paris, encargado de hacer otro segundo reconocimiento de los sitios que habia recorrido anteriormente, y de inculcar bien su topografía en la memoria del rey, cuyas últimas instrucciones habia de traer á Mr. de Bouillé, regresando á Montmedy por otro camino distinto. El marqués de Bouillé marchó entónces á Metz, so pretexto de inspeccionar las plazas fuertes que estaban en el distrito de su mando é irse acercando de este modo á Montmedy sin infundir sospechas. El 15 se hallaba en Longwy, y allí recibió un aviso de S. M., que le decia que su salida se habia retardado veinticuatro horas, por la precision de tener que ocultarse de una de las camaristas del Delfin, demócrata furibunda y capaz de denunciarlos si observaba los preparativos que se estaban haciendo, la cual no salia de servicio hasta el 19. Tambien ponía en su noticia que habia renunciado á llevar consigo al marqués de Agoult, porque la señora de Tourcel, aya de los príncipes, habia reclamado los derechos de su cargo, y queria acompañarlos.

Este retardo era funesto, porque obligaba á dar inmediatamente una porcion de contraórdenes, cuyas consecuencias no podian calcularse, y porque hacia inútiles la precision y exactitud con que se habia calculado todo, ya con respecto al paso de los destacamentos por los puntos que les estaban señalados, ya porque los tiros de relevo podian retirarse al ver que pasaban tantas horas sin que se presentase el carruaje que aguardaban. Mr. de Bouillé atendió á remediarlo todo del mejor modo posible, y se adelantó en persona á Stenay, donde encontró al regimiento Real Aleman, con el cual se podia contar abiertamente. El 21 reunió á todos los generales que estaban á sus órdenes, para comunicarles que el rey pasaria aquella noche por las puertas de Stenay, y que al dia siguiente se hallaria en Montmedy, encargando al propio tiempo al general Klinglin que bajo los fuegos de aquella plaza dispusiese un campamento para doce batallones y veinticuatro escuadrones. Para alojar al rey estaba destinada una casa de campo, situada á retaguardia del campamento, en donde se estableceria el cuartel real, porque parecia más seguro

para S. M. que estuviese en medio de sus fieles bayonetas, que dentro de una plaza fuerte. Los generales oyeron atentamente las palabras de Mr. de Bouillé, y nada tuvieron que objetar á lo que les decia el general en jefe. Este dejó en Stenay al general de Hoffelzize con el regimiento Real Aleman, dándole orden de mandar tocar botasillas al anocheecer y de montar á caballo al hacerse de dia, así como de enviar á las diez de la noche un destacamento de cincuenta hombres que debia situarse á medio camino entre aquel punto y Dun, y esperar allí al rey para escoltarle hasta Stenay.

Mr. de Bouillé montó á caballo bien entrada ya la noche, y acompañado de unos cuantos oficiales, se dirigió á las inmediaciones de Dun, donde no quiso entrar por no alarmar la poblacion con su presencia. Allí aguardó en medio de las tinieblas y del más profundo silencio la llegada del correo que debia preceder á los coches de S. M. La duracion de esta noche fué de un siglo para aquel leal servidor, que creía pesaban sobre su conciencia los destínos de la monarquía, los intereses de toda una dinastía y las vidas del rey y de toda la familia real. La noche, sin embargo, iba continuando velozmente su curso, sin que el galope de un caballo viniese á anunciar á aquel puñado de hombres ocultos en la arboleda si el rey se habia salvado ó no.

VIII

¿Qué pasaba en las Tullerías en tan críticos momentos? El secreto de la proyectada fuga continuaba guardado religiosamente entre el rey, la reina, madama Isabel, algunos servidores fieles y el conde de Fersen, caballero sueco, encargado de hacer preparativos exteriores. Unos vagos rumores, precursores ordinarios de todos los grandes acontecimientos, y que muchas veces parecen salidos de algun antro mágico, se esparcian por el pueblo hacia algunos dias; pero estos rumores eran más bien un efecto de la disposicion inquieta de los ánimos, que hijos de una revelacion indiscreta de los que estaban iniciados en el secreto del plan que se preparaba. Estos rumores tenian no obstante en una continua alarma á Mr. de Lafayette y á su estado mayor, que redoblaban cada dia su vigilancia en lo exterior del palacio, y aún la hacian extensiva á las mismas habitaciones ocupadas por el rey y la reina. Desde el 6 de Octubre habian sido licenciadas todas las tropas de casa real, y ya no existian, por consiguiente, aquellos guardias de corps, soldados y caballeros á un mismo tiempo, que tanto por su cuna como por espíritu de cuerpo y por una fidelidad tradicional nunca desmentida, eran el mejor sosten del monarca.

Con ellos habia desaparecido aquel profundo respeto que convertia su servicio en los cuartos de los príncipes en una especie de culto tributado á la divinidad, y aquel respeto habia sido reemplazado por una vigilancia odiosa de la guardia nacional, muy parecida al espionaje. Conservábanse aún los suizos, tropa disciplinada y adicta al monarca, pero que no daba otro servicio que el exterior. Todo el interior del palacio estaba bajo la inspeccion de la guardia nacional. Mr. de Lafayette se presentaba allí á todas horas del dia y de la noche; sus oficiales vigilaban todas las salidas, los corredores y hasta las comunicaciones interiores de unos cuartos con otros, y aunque no tenian orden por escrito para ello, se les habia prevenido que impidiesen que el rey saliese de palacio despues de medianoche.

A esta vigilancia oficial iba unido el infame espionaje de una servidumbre nu-

merosa y corrompida, en la que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí, como en otras regiones más elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres con otros corazones que los de las personas de su familia y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas más insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de Lafayette inmediatamente. Este general habia expulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el dia del alboroto de Vincennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos á estos amigos fieles arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial* al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se ve que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

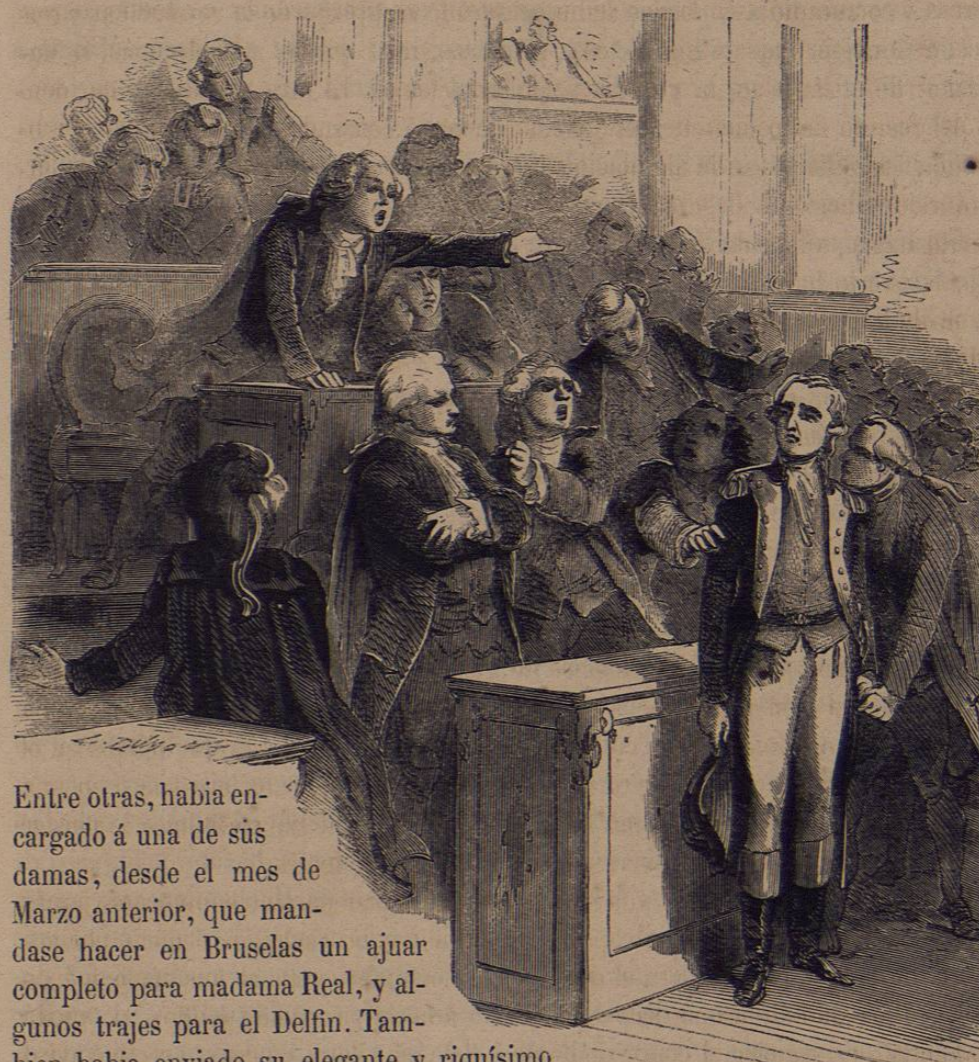
IX

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Joven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos más felices á las disipaciones de Trianon, y es fama que un culto caballeresco, al cual sólo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á María Antonieta. Este culto tributado á la beldad cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco en una especie de entusiasmo religioso en los dias de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por arduo que fuese; así es que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada ménos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero, en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stockolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruaje que debia estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de extranjero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M. Consistia éste en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábanse aquellos caballeros Valory, Moustier y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando más en sus provincias, pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüena que le hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre.



Entre otras, habia encargado á una de sus damas, desde el mes de Marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un ajuar completo para madama Real, y algunos trajes para el Delfin. Tambien habia enviado su elegante y riquísimo estuche de viaje á su hermana Cristina, gobernadora de los Países Bajos, fingiendo regalárselo, y los brillantes y demas alhajas de su uso estaban en poder de Leonardo, su peluquero, que salió de Paris ántes que ella, acompañando al duque de Choiseul.

Lafayette en la Asamblea nacional.
Pág. 63.

Estos preparativos de una fuga premeditada no se habian ocultado completamente á la páfida vigilancia de una de las mozas de retrete de la reina, que habia observado los cuchicheos de aquellos dias y sorprendido alguno que otro signo de inteligencia entre las personas reales y las pocas que les eran adictas. Tampoco se le habia pasado por alto que habia muchas carteras vacías sobre las mesas, y que faltaban de sus estuches casi todos los aderezos de más valor. Inmediatamente dió parte de lo que habia notado á un ayudante de Mr. de Lafayette, llamado Mr. de Gouvion, con quien esta mujer perversa mantenía relaciones criminales, el cual puso en conocimiento de su general y de la municipalidad de Paris lo que estaba pasando.

Sucedíanse estas delaciones con tanta frecuencia, y habian salido falsas tantas veces, que ya no se les daba crédito, y casi se tenia por visionario al que las hacia.